

# El escritor: una vida haciéndose palabra

**Carmelo Fernández Alcalde\***



ANA PEYRÍ.

*La lectura goza de poca salud en nuestro país, por lo que cantar sus virtudes parece una tarea inacabable. Este artículo se ocupa de ello, haciendo hincapié en la estructura narrativa de las personas, en su necesidad de contarse en una historia.*

**E**s cierto que en España la lectura goza de poca salud. En efecto, las pocas ganas de leer son una enfermedad muy extendida entre la población española. Al menos eso es lo que se desprende del análisis<sup>1</sup> realizado por Adolfo Torrecilla: el 42 % de los españoles se califican como No Lectores (no lee ningún libro al año); el 36 %, Lectores Frecuentes (leen libros alguna vez a la semana), y el 22 % son Lectores Ocasionales (leen libros alguna vez al mes o al trimestre). Y esto a pesar de que la industria editorial se sitúa entre las mayores de Europa, con una especial presencia en América (España es el tercer país europeo en producción de libros, detrás

del Reino Unido y Alemania, y el quinto del mundo), publicándose cada año más de 5.000 nuevos títulos de LIJ.

## La desertión de los lectores

Estos datos reflejan lo que afirma Federico Ibáñez cuando dice que la desertión de los lectores empaña el brillo de las cifras. Hay, pues, inflación de títulos en las librerías, de libros en el mercado.

Las causas de la falta de lectores —cerca del 50 % de la población no lee ningún libro al año— son múltiples y de muy diferente índole. Sin entrar en un análisis exhaustivo sobre las posibles

causas, puede ser interesante, sin embargo, detenerse en una de ellas que, desde mi punto de vista, tiene una especial relevancia: la mentalidad consumista y materialista que impregna y rodea al hombre moderno. Porque, en los países donde predomina esa mentalidad, de un modo particular en el mundo occidental y desarrollado, el utilitarismo es la medida de todo: las personas y las cosas tienen valor si resultan útiles, si son rentables. Es, pues, lógico que, si se mira la vida desde esa perspectiva, el libro sea un objeto *inútil*, algo que no sirve *para nada*, y que, por tanto, habría que arrinconarlo como si de un viejo trasto se tratara.

Sin embargo, todavía quedan lugares en el mundo donde un libro, una historia, tienen más valor que un coche, aunque para ello haya que ir hasta *El lugar más bonito del mundo*, donde —según cuenta Cameron—, cuando llega la noche y las gentes dejan de acarrear cosas, a esa hora salen de casa sólo para pasear por el pueblo, divertirse, contar historias y charlar con los amigos. Todo el mundo anda por las calles, por el centro de las calles, y si un coche llega cuando alguien está hablando de algo interesante o contando una buena historia, pues el coche tiene que esperar, porque nadie se apartará para dejarle paso hasta que la historia se termine.

Por el contrario, en otros lugares, en Villalmenruco sin ir más lejos, pueblo donde Cañizo nos cuenta la historia de un maestro-robot que ha usurpado el puesto de maestro al viejo don Nicomedes, los libros no valen para nada y se les considera una pérdida de tiempo: «Un día proyectó sobre la pared un gran cuadro en el que venían calculada con toda precisión la pérdida de productividad que acarrearía al género humano la lectura [...]. La unidad de medida era el TDDF, es decir, [...] el Tornillo Dejado De Fabricar. En realidad —aclaró— las pérdidas eran tan cuantiosas que el carácter nefasto de los libros más famosos debía ser medido en unidades BDTDDF, o sea: Billones De Tornillos Dejado De Fabricar. Por ejemplo, la lectura de *La isla del tesoro* había supuesto nada menos que 21,74 billones [...] (los *best-sellers* eran los libros que más perjuicios habían acarreado al género humano, como *el Quijote*, La Biblia, etc. (y en un segundo cuadro se ofrecían) [...]; las efigies de los diez escritores más abominables [...], Shakespeare y Cervantes habían resultado más o menos igual de nocivos».<sup>2</sup>

## Una hamburguesa doble de queso con tocino

Además de esa mentalidad materialista, no cabe duda de que, en una sociedad donde la imagen poco a poco va sustituyendo a la palabra, el saber leer no será útil ni para sobrevivir siquiera, porque —como escribe Iacocca— cuando se



ANA PEYRÍ.

vaya a comer a un McDonald's el menú vendrá con fotografías para que los críos puedan elegir señalando con el dedo. No es tan fácil leer *hamburguesa doble de queso con tocino*.

Por eso, frente a la sociedad consumista y de la imagen, cuanto antes es importante implicarse en la tarea de ampliar espacios, crear ámbitos y encontrar momentos donde lo importante no sea hacer muchas cosas, yendo por la vida con cara de velocidad; o ganar mucho dinero, aunque se deje por el camino a la familia; o tener el mejor coche, vivir en un maravilloso chalet y disfrutar de unas estupendas vacaciones, en el lugar más remoto y maravilloso del planeta... En este empeño se han de implicar padres, maestros, bibliotecarios, escritores... ¡Nadie puede desentenderse de esta tarea!

Cuando uno se niega a pactar con el utilitarismo, que sólo valora lo que se traduce en dinero, cuando hay un empeño serio en rescatar esos espacios, ámbitos y momentos, entonces es mucho más fácil advertir que el libro es un objeto de mucho valor, ¡un gran tesoro!, y que la lectura, a su vez, es una actividad que enriquece enormemente a la persona, algo que vale la pena. Y, por el contrario, las personas que tienen alergia a los libros y a la lectura, porque no les aporta ningún *beneficio material*, llevarán, desde luego, una vida más empobrecida, acarrearán una existencia más desgraciada, y si no se vacunan contra ello cuanto antes, perderán la ocasión de descubrir el valor —¡el tesoro!—

que se esconde entre las hojas de los libros y que, sin embargo, está al alcance de sus manos.

## El atropello de una vaca

Con una óptica materialista y utilitaria, desde luego, nadie duda de que la lectura no enriquece a nadie, ni facilita en absoluto incrementar el patrimonio, ni ayuda, en definitiva, a tener más; no obstante, mirando la vida con otra perspectiva diametralmente opuesta, la lectura le da sentido a la persona, aumenta sus capacidades, revitaliza su yo, porque es una mirada, un viaje hacia el interior de uno mismo. En este sentido, H. Marín afirma que la literatura fantástica se propone para el hombre como un viaje que de vuelta nos trae con las manos completamente vacías pero con una historia que contar. Ésa es la extraña *inutilidad* en la que confraternizan los amantes de las historias.

Es importante tener en cuenta que, al final de este viaje, el conocimiento que se ha conseguido adquirir de uno mismo supone, por otra parte, la revelación del propio yo: «Casi todas las novelas son libros de viajes [...] Cuando quien viaja es un niño o un joven, el viaje exterior se convierte también en un viaje iniciático, transformador, revelador, que le descubre —al mismo tiempo que el mundo en el que vive— su propio mundo interior, su personalidad, su yo, que se está forjando».<sup>3</sup>

En un artículo de periódico, cuenta



ANA PEYRÍ.

Martín Garzo un suceso en que se vio complicado un campesino que llevaba su vaca en una camioneta a un pueblo cercano: cuando atravesaba el antiguo aeropuerto militar de Villanubla, un bombardero aterrizó en el preciso instante en que pasaba el campesino. Debido a la niebla, el avión atropelló a la vaca y destrozó la camioneta. Un coronel, apurado por la responsabilidad, le ofreció una indemnización que satisfacía los daños muy por encima del precio real si el perjudicado convenía en una sola condición: no contar lo sucedido. El campesino, después de reflexionar unos breves momentos, negó con la cabeza. Prefería quedarse sin vaca y sin furgoneta que sin contar en su pueblo lo sucedido.

La actitud del dueño de la vaca se entiende cuando se considera que la vida humana sólo es tal si es un vivir para contarla, y deja de serlo si no se puede contar. En el fondo —concluye Martín Garzo— la verdadera vida es aquella que al tiempo de vivirse se puede contar, o que se vive contándola. Como si vivir verdaderamente sólo fuera estar contándonos algo a nosotros mismos. Darnos el don de una historia.

Aunque en apariencia cerró un mal negocio porque perdió una vaca y una furgoneta, si se tiene en cuenta el anterior punto de vista, el campesino acordó, desde luego, el negocio más importante de su vida porque ganó una historia que le hará reconocerse como persona, todas y cada una de las veces que la cuente.

La decisión que tomó el dueño de la vaca se comprende si se tiene en cuenta

que, como asegura H. Marín, el hombre es el único animal que cuenta historias, el único que necesita contar su vida para poderla vivir como propia, pues la vida del hombre recibe el sentido en forma de historias, de relatos con los que esa vida se expresa.

Cuando la hija de la escritora chilena Isabel Allende entró en coma, su madre escribió que, cuando despertara su hija, pasarían meses, tal vez años, para recomponer los pedazos rotos de su pasado; porque, explicaba Allende, perder la memoria es perder la vida, la propia historia, quedarse sin el adentro donde lo hecho y lo sucedido van dejando el rastro que somos.

En este sentido, el ser humano —afirma A. Llano— no es un acontecimiento acabado, una realización perfecta, un suceso cumplido. Su vida no se puede describir, hay que narrarla, pues las personas están amasadas de tiempo.

### La llama de una historia

Debido precisamente a la estructura narrativa de la persona, el yo no se satisface con la retención fragmentaria de sucesos. Si la persona —asegura Marín— no puede contarse en una historia, es debido a que no ha podido reunir los sucesos de su vida, congregarlos en torno a su persona, y, por tanto, es muy probable que él mismo se haya disgregado y repartido, porque las acciones de la vida, cuando no componen un relato, rompen al sujeto en una pluralidad sin más uni-

dad que la de estar adosadas. Las muchas cosas nos hacen muchas cosas, dice Nietzsche. Sin embargo, si todos esos fragmentos terminan por congregarse, entonces es cuando surge de nuevo una historia. Así pues —concluye H. Marín—, se podría asegurar que quien no tuviera una historia que contar sería como un cuerpo deshabitado que arrastra una existencia fantasmal. Visto así, los cuerpos que se han quedado sin alma, sin historias, serían, pues, los auténticos fantasmas.

Sin embargo, es importante no echar en el olvido que, así como algunos alimentos hacen daño porque tienen mucha grasa, producen colesterol o están adulterados, la lectura de un libro no siempre hace bien al lector, sino que, por el contrario, a veces puede provocarle diarreas, vómitos o cualquier otra enfermedad relacionada con una alimentación inadecuada.

Para que la lectura de un libro o la escucha de un cuento sienten bien al lector o al oyente, es preciso que tanto el libro como el narrador cuenten una buena historia: una historia capaz de conmover, de apasionar, en definitiva, una historia auténtica.

Y para que una historia sea auténtica y así no perjudique al lector u oyente, el escritor o el narrador debe contar, pues, su propia vida. Como escribe en *El narrador*, Walter Benjamin, el escritor es alguien capaz de dejar que la mecha de su vida sea consumida por la llama de una historia. En este sentido, Flaubert decía que escribir es una manera de vivir. En otras palabras, Vargas Llosa afirma que el escritor no escribe para vivir, sino que vive para escribir. Es decir, el novelista se alimenta de sí mismo, como el *catoblepas*, mítico animal que recreó Borges en su *Manual de zoología fantástica*, que se devora a sí mismo, empezando por sus pies. Como el *catoblepas*, el escritor —termina diciendo Vargas Llosa— está también escarbando en su propia experiencia, en pos de asideros para inventar historias.

No cabe duda de que, cuando escribe, cuando traslada su historia a las páginas de un libro, en ese preciso instante, el escritor está haciéndose don, está entregando su vida al lector. Y para que éste no se sienta defraudado ni tenga la im-

presión de que se le da gato por liebre, es indispensable que la vida del escritor esté comprometida, sea auténtica, única y distinta a la de otros. En efecto, la raíz de todas las historias —sigue diciendo Vargas Llosa— es la experiencia de quien las inventa. Lo vivido es la fuente que irriga las ficciones, porque la invención químicamente pura no existe en el dominio literario. Así, adquiriendo este compromiso vital, su vida será una historia que merecerá la pena ser contada.

De este modo, además, el escritor se verá libre de la enojosa obligación de tener que hacer un continuo ejercicio de hipocresía cada vez que se ponga a escribir por miedo a que le salga una historia sin vida y sin alma, anónima, repetitiva: es decir, una historia muerta, un cadáver lleno no de gusanos sino de palabras. Evidentemente, este compromiso y esta autenticidad explicarían lo que dice Ami Tan cuando afirma que necesita vivir para contar y contar lo que ha vivido, lo que ha visto, lo que ha escuchado.

Por tanto, el escritor, antes que a otros, sobre todo se vende a sí mismo. En efecto, cuando se escribe en tinta, cuando se encarna en las hojas de un libro, cuando va haciéndose palabra —¡qué esfuerzo y cuánto sufrimiento!—, a pesar del pudor que le embarga, el escritor no puede, sin embargo, prescindir de sí mismo, ocultar su vida a los ojos del lector, sino que, por el contrario, va dejando necesariamente trozos de su historia por las páginas de sus libros. Porque el autor y su palabra no son caminos paralelos, sino realidades que se tropiezan y se encuentran a cada paso que dan, en cada recodo del camino. Vargas Llosa opina que le parece difícil llegar a ser un gran creador si no se escribe alentado y alimentado desde el propio ser. Aceptando esa imposición, se escribe mejor, se está más equipado para emprender el trabajo de elaborar una novela.

Cuando se lee una buena historia, es posible que ocurra lo que le sucedió a Bati, el poeta más venerado de los saharauis: después de leer algunos versos de Kori —un niño sordomudo, personaje de uno de los libros de Moure—, Bati le preguntó: ¿De dónde puede surgir una inspiración tan honda, para escribir algo tan bello? Como Bati, también el lector puede preguntar al autor: ¿de dónde pue-

de surgir una inspiración tan honda, para escribir unas historias tan bellas, tan auténticas? Es muy probable que le contestara diciendo que, esas historias que escribe, son su vida, una vida que, página a página, va haciéndose palabra.

Y como le ocurre al que lee o escucha, el escritor, siempre y cuando sus palabras hilvanen una historia, se reconoce en lo que ha escrito, porque eso es lo que le da unidad y sentido a su vida. Del Cañizo pone en boca de uno de sus personajes: «¡Qué placer el del escritor que se mete en otros personajes! Y qué sufrimiento. Y cuánto esfuerzo!» (pág. 122) «Aunque no sepamos nada de un escritor, [...] en realidad sabemos muchísimas cosas de él. No sabemos cómo es por fuera, pero sabemos algo mucho más importante: cómo es por dentro [...] Porque cada escritor, en sus libros, va sacando a la luz lo que lleva en lo más hondo: sus aficiones, sus inquietudes, sus ilusiones, sus manías [...] lo que le apasiona (págs. 16 y 17)».<sup>4</sup>

### Echar leña al fuego

Para que el lector no se sienta defraudado, no es suficiente con escribir una buena historia. Es importante que, además, esa historia esté bien escrita, bien contada. Porque, como el verbo *leer* no admite la conjugación imperativa, la lectura debe ser una invitación, una provocación y, por tanto, habría que buscar el momento más oportuno, ver el mejor modo de despertar el interés del lector y, siempre, siguiendo el consejo de Pérez de Castro, poner los libros muy cerca de los posibles lectores, al alcance de manos que los quieran, aunque esto suponga que las bibliotecas se desintegren, pues el libro es un ser vivo y necesita que se le use, se le hable y se le acaricie.

No importa si, para despertar o provocar el interés por la lectura, es preciso robar alguna historia, como hizo Alfanhuí. Este muchacho, cuando conoció el fuego de la abuela, quiso sacarle las historias y descubrió para ello una picardía: traía del campo unas hojitas de romero y las iba echando a escondidas en la brasa. Pronto subía su olor fresco y la abuela, sin darse cuenta, empezaba a contar. Alfanhuí se interesaba por las historias y se

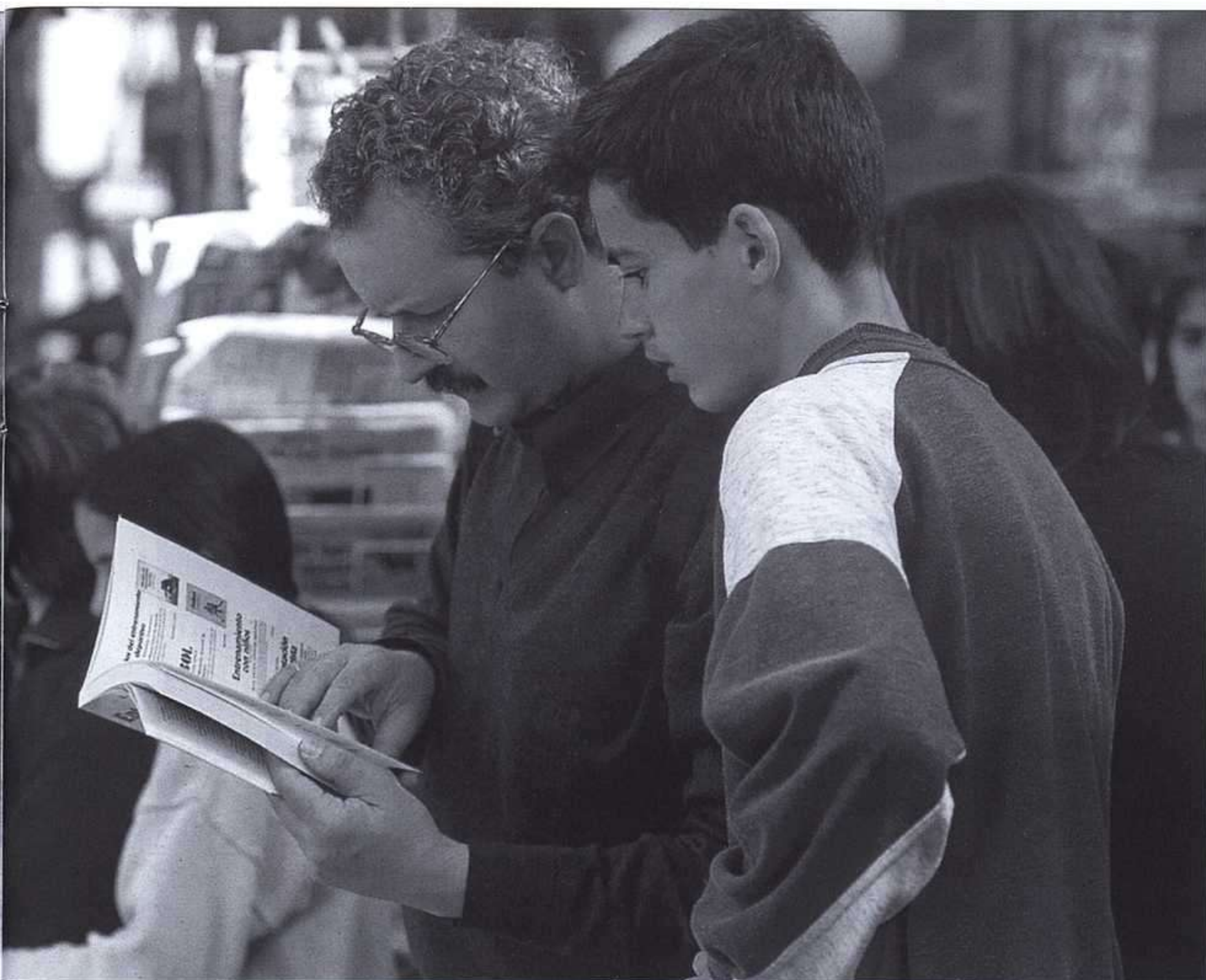


olvidaba de echarle más romero y la abuela se iba callando, y Alfanhuí, ladrónzuelo de historias, sonreía entre labios con malicia.

En el arte de contar o narrar, la palabra y la voz desempeñan un papel imprescindible, ya que son el envoltorio, el sobre donde se guarda la historia antes de ser leída o escuchada. Como sugiere Hierro, es preciso enseñar al niño a gustar del encanto de la palabra, del ritmo de la palabra; porque se puede estar escuchando a un señor que está hablando en ruso o en griego —lenguas que ignora— por el puro placer fonético. Hay gente —sigue diciendo Hierro— a la que he dicho que leyera un poema. Lo leen y te dicen que no lo entienden; sin embargo, se lo lees tú, y les gusta.

Si fuera posible, todo narrador debería contar como Marta que, según dice Farias, leía maravillosamente en voz alta, sobre todo los cuentos de piratas, por la noche, sentada entre su cama y la de su hermano Pablo, porque era capaz de hacer todas las voces de una aventura. De este modo, el joven que escucha una historia, aprende a leer en la voz del profesor, del escritor, de la madre... Y, poco a poco, aprenderá también a distinguir unas voces de otras: voces llenas de miedo o de tristeza; algunas, monótonas y frías; otras, inquietas y desesperadas; voces que desvelan lo que se oculta en cada palabra, en cada párrafo, en cada página del libro.

Pero si se quiere mantener vivo el fuego de la historia, para que así no pierda la fuerza y el poder de conmover a los que están en torno a la chimenea, el



ANA PEYRÍ.

narrador debería hacer como nos cuenta Ferlosio que hacía la criada que, de cuando en cuando, echaba algo de leña al fuego: cuando el maestro empezaba a contar historias por la noche, la criada encendía la chimenea, avivando el fuego cuando la historia crecía; cuando se hacía monótona, lo dejaba languidecer; en los momentos de emoción, volvía a echar leña en el fuego, hasta que la historia terminaba y lo dejaba apagarse. Una noche se acabó la leña antes que la historia, y el maestro no pudo continuar, y se fue a la cama, porque nunca contaba historias sino en el fuego.

### Un tuareg por un mar de arena

Para ser más, para reconocerse como persona, no basta con viajar hacia el interior de uno mismo, sino que, además, es preciso emprender otro camino que nos llevará a conocer y a querer a otras personas.

En este sentido, Kierkegaard afirmaba que las puertas del espíritu se abren hacia fuera. Como todos los seres humanos —decía—, yo soy *excéntrico*: mi centro de gravedad se encuentra fuera de mí, en las personas para las que mi vida puede llegar a ser un don. Yo sólo me puedo encontrar a mí mismo en los demás. En la entrega me gano definitivamente.

De esta manera, en la medida en que se conozcan otras realidades personales distintas a la propia, se podrá amarlas e identificarse con ellas: es decir, *vivir* sus vidas, ser más, viviendo otras vidas.

Esto es lo que le ocurrió a un persona-

je de Farias que se sentía un tuareg, porque la noche anterior, en la cama, mientras esperaba el sueño que no llegaba, había estado de viaje, página a página, por un libro de aventuras y amores. En aquel momento, en cuanto cerró el libro, quería ser un tuareg, nómada en el gran desierto, galopar por el inmenso mar de arena y leer el camino de las estrellas, montado en un camello. Así, como le sucedió a ese personaje, el lector amplía y ensancha su vida con otras vidas, que hace suyas leyéndolas.

El lector, por tanto, al leer la vida de otros personajes que piensan, son y viven de modo distinto a como es él, será, desde luego, más tolerante, más comprensivo, más abierto y flexible con las personas que se crucen por su vida. Escribe Moure que, cuando Nadira, una chica saharauí, besa en la mejilla a Marta, una joven europea, entonces se produce un prodigio: se identifican, confundiendo la una con la otra. Pero, en realidad, es el lector el que se identifica con Nadira, el que besa el Sáhara: a las gacelas y antílopes, a las estrellas de la noche, al soplo en la *jaima*, a la arena del desierto.

En definitiva, cuando lee, el lector hace un negocio redondo: a cambio de un poco de tiempo y, tal vez, de dinero, el lector compra una vida, una historia, algo, en fin, que no tiene precio, pues le hace ser más, vivir muchas vidas.

### En una alfombra mágica

Además de ser un viaje hacia uno mismo y hacia los demás, que facilita el cre-

cimiento en profundidad, la lectura es también un viaje que lleva a otros lugares y a otros tiempos, permitiendo ampliar los estrechos límites de la vida del lector, tanto en el tiempo como en el espacio, y facilitando, de este modo, el crecimiento en extensión: porque si se aman los libros, sin moverse del sitio, sentado en un cómodo sillón, es posible viajar por otros lugares, saborear otras épocas.

Y por último, la lectura, además de facilitar el crecimiento del lector tanto en profundidad como en extensión, también le permitirá crecer en altura, asemejarse a un rascacielos; y, desde allí, cuando mire su vida y la de los demás desde esa nueva perspectiva, descubrirá aspectos desconocidos, que le ayudarán, sin duda, a tener un conocimiento más completo de sí mismo y de los demás, a enriquecerse como persona.

En efecto, cuando se coge un libro entre las manos, es como si el lector se sentara en una alfombra mágica y, de pronto, nada más abrir el libro, aquella echara a volar, impulsada por la imaginación y los irreprimibles deseos de soñar con lugares lejanos.

Hace poco leí una historia en uno de los libros de Farias. Como pienso que sintetiza muy bien las ideas expuestas, la cuento, parafraseando a Farias:

—Tengo un libro y una historia. Es un regalo de cumpleaños. Me lo hizo papá. No creo que encontremos nada mejor— dijo.

Lo conté en la escuela: esta mañana, papá me regaló un libro, una historia. A mi compañero le pareció una bobada. Y bostezó. El maestro me dijo que era un chaval con suerte. Y después de clase fui a pasear los ojos por las páginas de mi regalo de cumpleaños. Me parecieron un buen padre y un buen maestro: en fin, una buena historia. ■

\***Carmelo Fernández Alcalde** es maestro, escritor y director de la colección de cuentos *Andanzas*.

#### Notas

1. «Análisis de la lectura en España», en *Nuestro Tiempo*, 581, noviembre de 2002.
2. José A. del Cañizo, *El maestro y el robot*, Madrid: SM, págs. 105 y 106.
3. Entrevista a José A. del Cañizo, en revista *Platero* 138, noviembre de 2003.
4. José A. del Cañizo, *El castillo invisible*, Barcelona: Edebé, 1998.